



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8990

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 5 id.—Provincias.—Tres meses, 7 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 id.—La suscripción empieza a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Boulevard-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

SABADO 17 DE OCTUBRE DE 1891.

Vichy catalán.— Véase el anuncio en la cuarta plana.

ECOS DE MADRID.

16 Octubre 1891.

Ya no es sólo en España sino en Francia donde la seguridad de los viajes por las vías férreas deja mucho que desear. Esto sería un consuelo si pudiera uno consolarse después de haber perdido á un ser amado ó de quedar lisiado para toda su vida.

Los viajes van á limitarse á la necesidad. El recreo prescindirá de ellos, si no olvidas los que viajan por placer las noticias que nos comunican los periódicos. En Francia, en Inglaterra, en Suiza, el detallado examen que están haciendo los ingenieros de los puentes, viaductos y túneles, demuestra que el hierro se gasta también y que si han de evitarse grandes catástrofes hay que reconstruir los ferrocarriles.

Que se lo cuenten á los accionistas y ya verán que cara ponen. De todos modos como disminuirá el movimiento de viajeros, no hay que preocuparse de los gastos.

Los que al cabo de noventa años han de entrar en posesión de las líneas férreas, recibirán seguramente á cambio de las pingües subvenciones que han otorgado á las empresas, ruinas y hierro viejo. Como en el siglo XX no se idea algún otro medio de locomoción más segura, nuestros nietos como nuestros antepasados viajarán en mula de alquiler ó como un exceso de lujo en galera acorazada.

Si por azar continúa sufriendo el cambio de moneda española por moneda francesa, Biarritz, San Juan de Luz y esos otros lugares de la frontera que atraen como sirenas á los viajeros, van á quedarse sin gente mientras Madrid conservará en el verano á los que suelen abandonar.

Quien sabe lo que sucederá, aun que lo más probable es que la comedia y el drama sigan representándose con los mismos chistes y peripecias.

En Madrid mismo, varía la forma pero el fondo no. Bajo el punto de vista de la brutalidad, ni avanzamos ni retrocedemos.

Ya se habrán enterado los lectores de la broma que unos cuantos desocupados dieron la otra tarde á un pobre muchacho.

—Vamos á emborracharle! dijo uno.

—Excelente idea! exclamaron los demás.

Dieho y hecho.

Después de animarle á beber gran número de copas de vino, coronaron la fiesta instándole á absorber cuartillo y medio de aguardiente.

Una broma chispeante!

El pobre chico cayó como herido por un rayo y los bromistas convirtiéndose en doctores, no encontraron más medio de des-

tarle del letargo en que estaba, que darle un baño frío en el pilón de una fuente.

Continuó el infeliz en el mismo estado; y asustados de su obra los bromistas, le dejan en medio del arroyo donde fue hallado y socorrido, pero estaba tan grave que los médicos pronosticaron á la broma funestas consecuencias.

No menos brutal es el ataque de que fue víctima la otra noche un pobre barrendero. Iba por una calle refiriendo sus cuitas á un camarada. No tenía más que dos reales y como si no los tuviera porque los debía á un amigo que se los había prestado y aquella misma noche iba á pagárselos.

—¡Alto! le dijo un hombre que los había seguido, colocándose delante de los dos barrenderos: esos dos reales, me los vas á dar.

Lo que pasó en meros de un minuto no se sabe. El misero capitalista cayó mortalmente herido y el agresor echó á correr. Pero fue detenido y se supo que era un cantero.

Tampoco faltan ejemplos de locura. Un anciano se acercó á un guarda del Parque de Madrid, habló con él muy afectuosamente y de pronto sacó una pistola y amenazó con ella á su interlocutor. ~~Sorprendido, pudo dominarle pero no así evitar que el desdichado viejo se aplicase el cañón á la sien, disparase y quedase muerto.~~

Pero hablemos de cosas más agradables. A lado de las desdichas, las felicidades, al lado de las miserias las grandezas.

Das bodas que van á celebrarse han proporcionado ocasión á unas cuantas tiendas de exhibir las galas de los equipos de las novias, las joyas con que van á ser obsequiadas y las preciosas cajas de dulces que se repartirán á los amigos, de los contrayentes al comunicarles la fausta nueva.

Continúa la animación en los teatros y se hacen grandes preparativos para la solemne apertura del regío coliseo, que es todos los años el punto de partida de las fiestas de la escogida sociedad madrileña.

María Tubau lleva al lindo teatro de la Princesa un escogido público admirador del privilegiado talento de la gran actriz española de nuestros tiempos.

Pronto empezarán los estrenos. Lara prepara un sainete de Luceno, digno continuador con Ricardo de la Vega de nuestro admirable D. Ramón de la Cruz. El título de la nueva obra es «Las Recomendaciones». El asunto es español de pura raza, siendo de Luceno, no hay que añadir que se recomienda por el señor

Julió Nombela.

VARIETADES

(COLABORACION INEDITA.)

El monaguillo de Valbrefreda. (Episodio del año 9.)

I.

Aquel chiquillo de ojos pequeños

los y vivarachos, de nariz respingadilla y de boca tan rasgada que sus extremos parecían buscar apoyo en los lóbulos de las por cierto no pequeñas orejas, estaba indudablemente llamado á algo más que á vestir la descolorida sotanilla roja y el nunca completamente blanco roquete que le mostraba á los ojos de sus convecinos como investido de la alta dignidad de monaguillo de la única parroquia con que contaba Valbrefreda.

La prueba de ello es que, si sólo á duras penas y á fuerza de pescozones, se había conseguido que masculara los precisos latines para ayudar á misa, sin que nadie le hubiera dado la más mínima lección, sabía dar vuelta á una honda con tanta precisión que aquello si que era sin hipérbolo, poner la piedra donde ponía el ojo.

Y con ser tan fuera de lo común y recomendable, no era esta la mayor habilidad del bueno del monaguillo. Donde había que verle era recogiendo ó dispersando su gente para preparar un ataque ó simular una retirada en las campañas que, á pedrada limpia, sostenían las infantiles y agueridas huestes de Valbrefreda contra los no menos infantiles y si más numerosos ejércitos de la Puebla de Alcotán, en los cerros que domarcaban el término de uno y otro pueblo.

Lastima que todas aquellas felices disposiciones hubieran de morir como en germen. Porque la verdad es que para desempeñar las funciones de sacristán, que era todo cuanto á la ambición de los padres del batallador monaguillo soñaban para su hijo, ni el arrojo personal, ni los más altos conocimientos estratégicos, podían aplicarse á otra cosa que á hacer girar con más ó menos atrevimiento el turiferario, ó á entrar denodadamente á saco en el frasco que surtía de no desagradable tintillo de Rota las vinageras parroquiales.

Sin embargo, la Providencia que vela, ó por lo menos suponemos las almas piadosas que debe velar, por que ninguna aptitud se pierda, dispuso las cosas de otro modo, y la marcha que seguía hacia su fin la existencia del héroe de estos apuntes, sufrió un notable desvío.

II.

Cuando á los comienzos del año de gracia de 1809, llegó al olvidado rincón del mundo que se llama Valbrefreda, la noticia de que los ejércitos de Napoleón invadían el suelo de la patria, meses hacía que ésta luchaba ya con tanto ahínco como denuedo por abatir el orgullo de las águilas imperiales y para castigar la indigna alevosía de los que entrándose en casa en calidad de huéspedes y amigos, querían tratarlos como á manada de esclavos unida al carro de sus triunfos.

Pero no fue obstáculo en modo alguno este retraso para que el entusiasmo de los vecnos del punto menos que ignorado pueblo, rayara en igual delirio que el de toda la península. Léjos de ello, á tales transportes de patriótica ira se dieron los valbrefredenses, que hecho en pocas horas un voluntario reclutamiento, no sólo no quedó brazo alguno que se dedicara á las faenas

agrícolas, sino que hasta el Alcalde, deponiendo la vara, símbolo de su autoridad, empuñó, á falta de fusil, un mosquete de mecha que, como curiosidad arqueológica, se conservaba en el Ayuntamiento.

Sin embargo, como del loabilísimo levantamiento en masa apenas resultó una docena y media de hombres relativamente útiles, y además no contaba Valbrefreda con grandes recursos, mejor que aguardar el momento en que sus valerosos pechos suplieran las fuertes murallas de que el pueblo carecía, optaron por salir á la sierra y desde allí hostigar al francés sin presentarle campal batalla, en la que de seguro no hubieran llevado la mejor parte.

La desmedida ambición del monaguillo, soñó con ocupar en el diminuto y recién organizado ejército el miedoso empleo de tambor ó de corneta; pero aparte de que ninguno de aquellos alborotadores instrumentos convenía al siglo con que la flamante hueste se proponía operar, con tal desprecio trataron todos al demandante, que éste tuvo que desistir de su propósito, retirándose á un rincón de la sacristía á devorar su humillación y á llorar perdido, tal vez para siempre, su glorioso porvenir.

III.

Pocas semanas habían transcurrido cuando á los franceses les vino en mentes acercarse al olvidado lugarejo de la sierra.

Los generales españoles, que en esto de descuidos ó impericia, nos dieron por aquellos días bastante que sentir, no habían caído en la cuenta de que Valbrefreda, aun estando como estaba, desprovisto de todo medio de defensa, era, por su situación topográfica, posición estratégica importantísima. En cambio el enemigo no echó en saco roto aquella circunstancia, y con fuerzas, si no grandes, superiores con mucho á lo que el caso requería, se propuso apoderarse de aquella escasa y desordenada agrupación de modestísimas casas.

Y he aquí lo que hoy nos parecería raro y extrapardinario y era entonces usual y prudentísimo. Lo que no ocurrió á ninguno de los oficiales generales cargados de doradas charréteras y atestados de táctica sublime, saltó de golpe á la vista de los toscos palurdos.

Imposible era en realidad que aquel puñado de hombres mal armados y peor municionados, pudiera resistir á una verdadera columna de aguerridos soldados. Pero para nuestros guerrilleros la palabra imposible no tenía sentido, y sin curarse de otra cosa que de destacar algunos números para dar aviso á las tropas españolas que operaban por el contorno, distribuyóse el resto de la fuerza por las breñas que daban paso al único acceso que Valbrefreda tenía, y allí esperaron con paciencia á que el audaz invasor llegara á ellos.

IV.

El momento no se hizo esperar mucho, y el encuentro fue terrible. En contra del arrojo y la buena posición en que estaban los nuestros, estaba la fuerza numérica del enemigo.

Las dos primeras circunstancias

hicieron que los franceses tuvieran que conquistar el terreno, no palmo á palmo, sino pulgada á pulgada. La tercera bastó para que los valbrefredenses se vieran precisados á prorrumper al cabo en el desesperado «sálvese el que pueda.»

La acción estaba perdida. Los denodados serranos no querían más que quemar el último cartucho. Los franceses, dándose por contentos con las no escasas bajas sufridas, y dueños del disputado desfiladero; apenas si hostigaban ya á los dispersos españoles.

Pero de pronto la columna francesa se detuvo. Una nube, una verdadera nube de piedras, caía sobre aquellos héroes de Italia y de Egipto: espesa como una granizada y mortífera como una descarga de metralla.

En el silencio que el estupor produjo se escuchó una voz infantil que gritaba: «¡Ahora!» Y sobre la asombrada columna francesa cayó, no ya una nueva nube de pedrisco, sino un aluvión de haces de gavillas encendidas que, haciendo rápida presa á los jarales que bordeaban la roca casi cortada á pico, no tardaron en convertir el desfiladero en la horrible boca de un infierno.

La escena ocurrida allí fue espantosa. Contra aquel enemigo invisible, que ponía de su parte al más incontrastable de los elementos, toda defensa era inútil. No quedaba más medio que huir y aun eso no era dable á todos.

Cuando las tropas regulares españolas llegaron á las pocas horas en socorro de Valbrefreda, se podía contar á cientos los cadáveres de franceses carbonizados y de media docena pasaban las águilas convertidas en cenizas.

Por encima de tal estrago, sólo se veía flotar una informe bandera roja. Era un pedazo de la mugrienta sotanilla del monaguillo de Valbrefreda, que este, cubierto de hollín y de polvo, enarbolaba con más orgullo que Constantino su lábaro.

Un tratado de alianza con sus enemigos los chicuelos de la Puebla de Alcotán le había hecho dueño de un numeroso ejército infantil.

A éste, y más que á éste á la pericia estratégica del audaz acólito, debía la patria la señalada victoria de aquel día.

V.

¿Qué fue del monaguillo del Valbrefreda? Lo que de tantos héroes anónimos como brillaron un punto y se oscurecieron luego en aquel gloriosísimo periodo.

Desde aquél punto nadie le negó el puesto que con tanto ardor había solicitado en las guerrillas.

En ellas tuvo ocasión de prevenir sorpresas, de disponer emboscadas y de exponer cien veces su vida.

Después ¿quién sabe? Tal vez una bala perdida oradara aquel pecho llamado á cubrirse con la bordada casaca de los generales.

Por mi parte lo único que puedo decir es que la historia no ha conservado su nombre.

ANGEL R. CHAVES.

(Prohibida la reproducción.)